

Maurice Verzele

La muerte sin dolor
El suicidio y la eutanasia

Izenburua: La muerte sin dolor. El suicidio y la eutanasia

Jatorrizko izenburua: La mort en douceur. Le suicide et l'euthanaïse

Egilea: Maurice Verzele

Itzultzailea: Amaya Echalecu

Azala: Esteban Montorio

Argitaratzea:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

78. Postakutxa

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfnoa. 948 703 934

Faxa 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

Lehenengo edizioa

EPO, Bélgica, 1995

Txalapartaren lehenengo edizioa

Tafalla, enero del 2000

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

Fotokonposaketa

arte 4c

Fotomekanika

arte 4c

Inprimaketa

RGM

I.S.B.N.

978-84-8136-156-8

Lege gordailua

Bl. 2.788-1999



Prólogo

Verzele, nos brinda con lucidez y a veces incluso con humor, la información necesaria sobre el modo de poner fin a la vida.

Actualmente, la respuesta de la sociedad ante el suicidio es impedirlo u ocultarlo, aunque éste forme parte de la realidad. Creo que es indispensable contar con la información pertinente para evitar sufrimientos, muertes inútiles o para no prolongar aquella vida –subjetivamente percibida como indigna e indeseable.

«Saber que voy a morir pronto, me da valor» escribía Marguerite Audoux (1867-1937). «Saber morir es vencer a la muerte» escribía Marina Tsvetaïeva (1892-1941). «La posibilidad del suicidio sin dolor me da paz y me devuelve la alegría de vivir» añade Maurice Verzele (nacido en 1923).

El autor no transmite la más mínima incitación al suicidio. Al contrario, insiste en «la responsabilidad», «la muerte sin dolor» y «la libertad de elección»; la elección

de la propia muerte como el último acto de responsabilidad y libertad de todos y cada uno de nosotros.

En el contexto jurídico actual es improbable contar con ayuda médica, así que este libro puede aportar soluciones. M. Verzele, profesor emérito de la Universidad de Gante (Bélgica) ha trabajado durante más de cuarenta años en el laboratorio de Química Orgánica, primero como estudiante, después como investigador científico y finalmente como jefe de departamento. Por tanto, está al corriente de las claves de los productos químicos.

El autor merece nuestra credibilidad, pero nunca se insistirá lo suficiente en lo irreversible del acto por muy obvio que esto pueda parecer.

«Miremos a la muerte de frente, con los ojos abiertos» escribía Marguerite Yourcenar. Creo haber encontrado en este libro un valeroso eco.

Léon Favvts

Presidente de la Asociación
RECHT OP WAARDIG STERVEN
(Derecho a Morir Dignamente)

1

El derecho al suicidio

Justificación

¿Tenemos derecho a disponer de nuestra propia vida? ¿Es concebible que nos suicidemos o estamos obligados a aceptar la vida hasta el final, aunque éste sea doloroso, amargo o miserable? ¿La eutanasia es una opción válida o debemos tomar medidas para no acabar en el callejón sin salida de la dependencia total de quienes nos rodean? Si decidimos poner fin a nuestra vida por nuestros propios medios y sin la ayuda de los demás, ¿cómo hacerlo? ¿qué posibilidades hay? He aquí algunos de los temas que se abordan en este libro.

En él se emplean términos y nociones químicas quizá incomprensibles para un gran número de lectores por lo que cuando he creído necesario dar una explicación química o técnica, he intentado que fuera lo más precisa y sencilla posible. Su lectura permitirá comprender mejor las cuestiones abordadas, pero no es indispensable para seguir el desarrollo general del libro.

Cabe preguntarse por qué me he decidido a exponer algunas reflexiones filosóficas, arriesgándome a pecar de

moralista cuando sé que mi disciplina, las ciencias exactas, no me dan derecho a tal audacia. En otras palabras: «¿Qué pinta usted aquí? Esto es coto cerrado».

Creo que todo el mundo tiene derecho a formarse una opinión sobre las cuestiones esenciales de la vida. Todos somos filósofos. Del criterio del oyente y del lector dependerá el que las ideas expresadas tengan o no algún valor. Además, como científico, yo podría argumentar: ¿qué hay de todos aquéllos que sin la formación adecuada hacen de la ciencia una nueva religión y defienden a capa y espada teorías que comprenden sólo a medias?».

Hoy en día, todo el mundo opina sobre el colesterol, las lipoproteínas HD y LD, el peligro de la dioxina, los esteroides anabolizantes, los ácidos grasos no saturados, los liposomas, la relación testosterona-epitestosterona, el ADN, los radicales libres (perdonen el rollo), el efecto invernadero, el problema del ozono, los peligros del cloro, etc. La publicidad utiliza hábilmente la pseudo-ciencia. Frases tales como «el efecto saludable del oxígeno puro sobre la piel» son mentiras desvergonzadas. ¿Cómo osan?

El hombre actual va aprendiendo que todo tiene relación con la ciencia, la física, la química y la biología. Es, sin duda, positivo e incluso indispensable para hacernos una idea más exacta de aquello que nos rodea y nos condiciona. En consecuencia, todos tenemos derecho a informarnos. El problema se presenta cuando grupos de presión entran en liza y envían paquetes- bomba poniendo en peligro vidas inocentes, para defender puntos de vista acerca de los que ni los científicos ni los expertos se ponen de acuerdo o incluso tienen opiniones diametralmente opuestas. Si tanta gente se ocupa sin razón y hasta el absurdo de la ciencia y sus soluciones, ¿por qué yo no puedo filosofar un poco?

Si tuviera que justificarme, diría que he escrito este libro porque cuando te jubilas, lógicamente comienzas

a pensar más a menudo en «la última puerta» que te queda por franquear. Fue así como caí en la cuenta de que pese a ser químico, llegado el caso no sabría exactamente cómo poner fin a mis días. Tras estudiar el tema, pensé que debía dar a conocer la información recogida.

Introducción

A lo largo de la vida, al niño, al adolescente y al adulto, se le abren sucesivamente muchas puertas llenas de nuevas posibilidades y de una diversidad deslumbrante. Rápidamente se van cerrando una tras otra: la edad de subirse a los árboles y pescar cangrejos pasa en un abrir y cerrar de ojos, el primer beso, el primer coche, aprender a montar en bicicleta, a nadar... todas esas cosas maravillosas no pueden hacerse más que una sola primera vez. Pronto «esto» no es posible porque ya se hizo, luego «aquello» ya no nos atrae, un poco más tarde se tienen demasiados años para tal cosa y finalmente no queda sino esa última puerta, la puerta hacia el más allá. Empujémosla con dignidad y en paz con nosotros mismos. Evitemos la desesperación y la humillación de una dependencia exagerada. Seamos nosotros quienes elijamos el momento supremo; decidamos serenamente sobre nuestra muerte sin importunar a alguien para que nos ayude. Esta obra trata el tema del suicidio y explica los métodos para lograrlo «dulcemente».

Muchas personas evitan hablar de la muerte y del suicidio. Si llega el caso, se ponen nerviosas y cambian de tema. Se asustan ante la palabra «eutanasia», como si por el solo hecho de nombrarla, se pudiera materializar. En cierto modo, temen que una discusión sobre un acto tan irreversible pueda incitarles a llevarlo a cabo. Evidentemente están en un error. Evitando el problema o negándose a hablar de él no van a lograr que desaparezca. La muerte es demasiado importante como para ignorarla

y hasta el suicidio debería ser objeto de un debate claro y directo. Uno de los objetivos de este libro es combatir estos tabues.

Es obvio que también hay personas dispuestas a conversar sobre ello y en esos casos, invariablemente, sorprende la ignorancia del ciudadano medio sobre los métodos prácticos para llevarlo a cabo. Por ejemplo, respecto a los venenos, abundan las ideas más estrambóticas y fantasiosas. Por otro lado, numerosos médicos, farmacéuticos e incluso químicos conocen los métodos para lograr una muerte sin dolor, o sea, que existe un abismo entre estos iniciados y el resto de los ciudadanos. Me parece una situación intolerable.

Si se aborda el tema de manera explícita y precisa como en este libro, con frecuencia te enfrentas a reacciones de indignación. «Pero... ¡es horrible, terrorífico! ¡cállese!». Con todo, a menudo hay alguien que retoma el asunto preguntando: «¿Cómo ha dicho? ¿Ha escrito algo sobre ello?». O te dicen: «No es el tipo de lectura apropiada para un depresivo como yo, pero aun así me alegro de tener su libro».

Los primeros capítulos abren el debate sobre cuáles son las circunstancias en las que el suicidio está justificado. No es necesario aclarar que las opiniones expuestas son absolutamente personales. Se han publicado numerosos libros y artículos sobre el tema, pero los más antiguos no son lo suficientemente explícitos y algunos de los más recientes defienden puntos de vista que no suscribo o que no se adaptan al contexto europeo. Además, varias publicaciones han sido superadas por los acontecimientos o resultan inaccesibles para el gran público.

Las contribuciones escritas sobre el suicidio y la eutanasia son muchas. Hay más de 8.000 libros y numerosos artículos en revistas o diarios a los que cada año se suman unos cientos más. Los lectores que quieran profundizar en el tema encontrarán referencias bibliográficas

al final de esta obra y en cualquier gran biblioteca podrán hallar algo sobre la muerte, el suicidio y la eutanasia.

En todos los países del mundo hay asociaciones que se ocupan de estos asuntos. Sus miembros se unen para defender mejor sus intereses y sus derechos, para obtener y dar asistencia y consejo y para defender la «buena causa». Existe, asimismo, una *World Federation of Right-to-Die Societies* (Federación Mundial de Asociaciones a favor del Derecho a Morir Dignamente). Al final del libro encontrará una lista de las principales.

Muchas editan textos, a veces reservados a sus socios, que explican diferentes maneras de suicidarse. En 1981 en Inglaterra, los tribunales de justicia prohibieron la distribución de una de estas publicaciones. Desde entonces, ha ganado mucho terreno la tesis de que la eutanasia debería ser posible y en determinados casos tolerada. No obstante, se habla menos sobre si se puede tolerar o incluso propugnar el suicidio. En 1995 la información, tal y como se presenta en este libro, corre menos riesgo de ser censurada.

En mi país, Bélgica, hay dos asociaciones que defienden el derecho a morir con dignidad (ver la lista). La RWS (*Recht op Waardig Sterven* – Derecho a Morir Dignamente) se define como «una asociación pluralista en pro de la muerte sin dolor y voluntaria; contra el ensañamiento terapéutico y a favor del respeto a la voluntad individual». Sus miembros cuentan con una publicación trimestral sobre el tema.

Todas las asociaciones aconsejan redactar un testamento exponiendo el deseo de una muerte por eutanasia. El lema es: «Tome las medidas oportunas cuando todavía sea posible». Si no lo ha demandado explícitamente es probable que cuando sea totalmente dependiente o esté demenciado, el médico no quiera plantear la posibilidad de una eutanasia.

En este libro se sugiere que es preferible no pedir na-

da a nadie; mejor asumir nuestras propias responsabilidades. La eutanasia o la respuesta a la llamada de socorro del que quiere terminar con su vida, puede crear dificultades y suponer, además, una carga demasiado pesada para quien presta la ayuda.

Si renunciamos a la ayuda de un tercero o de un médico, está claro que tendremos que organizarnos para adquirir las sustancias necesarias para el suicidio. Nos veremos obligados a ocultar cosas y a no ser del todo honestos con nuestro farmacéutico, médico o incluso nuestros allegados. Dado que «la ley» no nos permite comprar abiertamente lo que queremos, hagámoslo clandestinamente. Que así sea.

2

La muerte

M*emento mori* –Recuerde, usted debe morir–. En efecto, nadie es inmortal. No tiene mucho sentido darle vueltas ni hacer un drama.

Todo el mundo sabe que un día la muerte llegará; el niño y el adulto lo saben, pero es para mucho más adelante; en la tercera edad lo sabemos, el plazo se acaba y la idea de la muerte nos ronda más a menudo. ¿Cuánto tiempo queda? ¿Un año? ¡No, es demasiado poco! ¿Diez años, veinte? Quizá es demasiado. Pensamos en los amigos y familiares que tienen problemas de salud o que han sufrido alguna intervención quirúrgica importante. ¿Están definitivamente fuera de peligro? ¿Les quedan tres años más? ¿Y a mí? ¿Merece la pena comprar un coche nuevo? ¿Es razonable? ¿Y si dura más que yo? Puedo pagarlo, puedo incluso darme el gusto de comprar un modelo de lujo. Sí, pero los hijos no lo aprobarían; no dirían nada, pero no lo comprenderían.

Las estadísticas muestran que la esperanza media de

vida en los países desarrollados es de 72 años para los hombres y 76 para las mujeres. Las cifras incluyen los fallecimientos de gente joven y las muertes provocadas por accidentes de tráfico. O sea, que si uno alcanza la respetable edad de los 60-70 años, tiene bastantes posibilidades de superar ampliamente la esperanza media de vida.

Por otro lado, ¿cómo se explica que las mujeres vivan más tiempo? ¿Son más sólidas? Quizá sean una especie superior, o quizá, simplemente, al realizar la mayoría de las tareas domésticas cotidianas, se mantienen más activas y en consecuencia están en mejores condiciones físicas. Si usted es activo y se mueve, ¿vivirá más?

En Japón, la esperanza de vida es un poco más elevada que en Occidente. Quizá porque el japonés es, en general, menos grueso y por tanto goza de mejor salud que nosotros.

Con la edad, la muerte se hace más presente. Muchos amigos de la juventud han partido ya; que mueran personas desconocidas no nos afecta pero, ¿Julio y Denise? ¡Muertos! ¿Cómo es posible? ¡Si todavía eran jóvenes! ¿Y Juan? Si era incluso más joven que yo. A menudo debo hacer esfuerzos para recordar que ha muerto y que ya no le veré más en el supermercado donde coincidíamos haciendo la compra los viernes por la mañana. Aún me parece oírle cecear levemente mientras limpia sus gafas, mirándome de soslayo con sus ojos de miope. Me sorprende a mí mismo buscándole en la fila, delante de las cajas registradoras hasta que la realidad se me impone: Juan está muerto.

Vamos andando por el parque, no estamos solos, todavía hay bastantes paseantes. El tiempo es espléndido, todo está en calma, no pasan coches, sólo algunos ciclistas. Aquella silueta, allí, ¿no es Jaime? No. Jaime está muerto.

La muerte es el fin; después no hay nada, sólo el agujero negro. No creo en la vida después de la muerte, en la

resurrección, el cielo, el infierno y demás. Sólo son consuelos absurdos. Ha habido interminables debates sobre el tema y yo podría exponer aquí mi opinión pero, ¿merece la pena? No quisiera en absoluto, destruir la dulce ilusión de quien cree en el más allá y en la vida eterna. El hecho de que tantas personas confíen sinceramente en ello sin ninguna duda es, para mí, la ilustración perfecta de la irracionalidad del hombre común.

¿Tengo miedo a la muerte? Sí, claro, un poco. Pero, ¿por qué? ¿Porque me es desconocida? ¿Por miedo al dolor? No, no es eso. Es porque es el último velo detrás del cual no hay nada, porque allí nada es posible salvo el sueño eterno. Acabada la vida, terminadas las actividades que todavía seguían interesándome, finalizado lo poco que me quedaba, las cosas de la vida cotidiana que aún me proporcionaban placer. El gran inconveniente de la muerte es que hay que abandonarlo todo aunque, en realidad, la vida es un abandono constante. Muchos placeres sólo se disfrutaban un número limitado de veces. ¿Cuántas veces podríamos hacer el amor, salir de viaje o comprar un coche nuevo sin que resultara absurdo? La repetición extrema no tiene sentido y es falso pensar que la vida eterna sería un paraíso.

Pensemos en los 72 años de vida o en sus correspondientes 26.286 días con su diario despertarse, acostarse, cenar, tomar el aperitivo; con sus rituales cotidianos que son los que a la larga se convierten en la fuente de los mayores placeres. Así que, en el fondo, ¿qué más da añadir días y días o incluso años? ¿Significa esto que podemos tomar ahora mismo el Rohipnol o la sustancia elegida? ¡Por supuesto que no! Está fuera de lugar hasta el momento en el que la desgracia y el dolor nos hagan la vida insoportable. A la sazón, la pregunta fundamental es: «¿Cuál es el punto de no retorno?, ¿dónde está el límite o la frontera?, ¿qué es lo insoportable?». La respuesta difiere para cada uno de nosotros. Yo, ahora estoy convencido de que no soportaré la humillación de la de-

pendencia: no poder andar, ni siquiera levantarme, ser alimentado a cucharaditas por un tercero más o menos paciente, necesitar ayuda incluso para lavarme, para ir al servicio, verme obligado a llevar pañales por la incontinencia... ¡No y no! Pero, ¿seré capaz de tomar la decisión que se impone o esperaré, como tantos otros, hasta que ya no tenga la fuerza suficiente para hacer lo que debo? Lo que me preocupa es el miedo a no atreverme, ser cobarde, esperar demasiado y más adelante no ser capaz físicamente de suicidarme y convertirme, entonces, en alguien totalmente dependiente, extremo que tanto he temido. ¿Son razones suficientes para un suicidio anticipado? He aquí el quid de la cuestión. ¿Ya veremos? ¿O tendré que pedir ayuda y apelar a la eutanasia? ¿Será posible todavía?

Desde mi punto de vista, no se debe contar con el prójimo. Es inadmisibile. Además, ¿quién podría ayudarme en una empresa tan delicada? Es criminal y cobarde pedir ayuda para un suicidio; opino que ni siquiera tenemos derecho a pedir tal cosa a un médico, aparte de que no creo que haya muchos dispuestos a aplicar la eutanasia.

¿Qué decir del suicidio a causa de una edad muy avanzada? Creo que debería ser posible. ¿Existe el derecho a la muerte? En el caso de los ancianos la respuesta es rotundamente sí. La enfermedad, el dolor o la adversidad pueden provocar que los jóvenes se suiciden, pero creo que para ellos en general, y más si tienen salud, no existe el derecho al suicidio. Tienen deberes frente a la sociedad, frente a su familia y sus padres. La opinión de que cualquiera tiene derecho a disponer de su vida es errónea.

¿Se puede concebir el suicidio como una reacción natural e instintiva, presente en cualquier especie bajo ciertas condiciones? Existe el fenómeno de los lémures tirándose en masa al vacío, contra las rocas, al mar profundo, que ha sido presentado como un ejemplo de sui-

cidio colectivo. Recientemente, esta hipótesis de deseo de muerte se ha cuestionado, sustituyéndola por la de un accidente provocado por el comportamiento gregario del rebaño que sigue a ciegas al animal que, en cabeza, rebasa el borde del precipicio.

De vez en cuando, los diarios publican al unísono la noticia de un grupo de ballenas muriendo asfixiadas en las playas. ¿Nos encontramos frente a otro suicidio colectivo? Se da, además, la circunstancia de que aunque se les conduzca a alta mar, se obstinan en volver hacia la playa mortal. A falta de otras hipótesis, su comportamiento suele explicarse como un suicidio provocado por la superpoblación, como el de los lémures, pero parece un poco extraño que se dé en las ballenas, especie en peligro de extinción. ¿Se trata quizá de una superpoblación en el seno del grupo?

El suicidio es más frecuente en los países densamente poblados y más desarrollados. Se da en las clases sociales más ricas e instruidas. ¿Será un reflejo o un instinto de conservación de la especie en peligro de superpoblación?, ¿algo así como la manera de eliminar algunos ejemplares cuando hay demasiados?

Sin la muerte no existe la vida. La muerte no es su enemiga sino su compañera, su vigía. En las cadenas tróficas, las especies mayores se alimentan de las más pequeñas y al final de la cadena, las primeras son consumidas por los microorganismos y así el ciclo puede recomenzar. La investigación científica ha demostrado recientemente que cada célula viva posee un gen que puede ordenar su propia muerte. Cuando las células están en grupo pueden resistir el impulso de morir, pero si quedan aisladas, todas, sin excepción, mueren. El fenómeno de la muerte programada en el código genético de la célula se denomina apoptosis. En la actualidad se está estudiando intensamente y parece prometer curaciones prodigiosas de diversas enfermedades, hoy por hoy, incurables. El código genético de la vida prevé, pues, claramen-

te, la posibilidad del suicidio de cada célula viva; la muerte y la vida son todo uno.

Sin embargo, lo anterior no tiene mucho que ver con mi problema. No tengo, por el momento, ningún deseo de suicidarme. He dejado muy atrás la frontera de la mitad de la vida. Mi vitalidad ha disminuido sensiblemente. Me muevo de un modo que sé que es propio de los ancianos. Mido, como poco, cinco centímetros menos de los 183 de antaño. Voy encorvado. He perdido gran parte de mi sentido del equilibrio. A veces me caigo incluso de mi bicicleta. Pero me siento bien. Sé que mi degeneración llegará todavía más lejos. Me basta con mirar a mi alrededor. He padecido graves problemas oculares. Me hubiera quedado ciego si los cirujanos no me llegan a salvar de ese horror. Parece demostrado que uno puede adaptarse a la ceguera, pero, ¿también después de los 70? Creo que si me quedara ciego, no desearía seguir viviendo. Mientras tanto, aún estoy aquí y la vida es bella. Sí, la vida es bella. La vida empieza en este instante. En realidad, todo lo que pertenece al pasado no cuenta. Disfruto, gozo de los detalles más nimios: del sol, de los múltiples tonos verdes de la naturaleza, de la lluvia, los gorriones en el alféizar de la ventana, en fin, de todo cuanto aparece ante mí; la inquietud, el deseo, la ambición, la rabia y la duda se han vuelto tibios y moderados... simpático jubilado.

¿Me atraen mis 20 años? ¿Me gustaría, siquiera una sola vez, revivir el ardiente fuego, la gloria y el triunfo de la experiencia sexual juvenil, correr kilómetros por la playa cantando a voz en grito? ¿Una vez más...? No, no, ya he tenido mi parte. Sé lo que es. Sin embargo, todavía no conozco lo que queda por venir. La vida comienza a los 70 años, o mejor dicho, la vida comienza ahora. Todo lo que haya ocurrido antes es pasado, sólo cuenta el futuro. Somos nosotros quienes debemos lograr que la «Tercera Edad» merezca la pena ser vivida.

Creo que estoy preparado para despedirme de mi mu-

jer, de mis hijos, de mis amigos, de la vida. Sólo me ape-
na pensar que no sabré qué será de ellos ni de la huma-
nidad. Deseo que me incineren y esparzan mis cenizas.
«Polvo eres y en polvo te convertirás» como se dice en las
ceremonias religiosas. Nada de tumbas que otros deban
cuidar, nada de recuerdos en algún lugar, en un columba-
rio o en un cementerio. No quiero que envíen recordato-
rios de mi muerte. Mientras la gente no lo sepa, seguiré
vivo en su memoria. La única forma de vida tras la muer-
te está en el pensamiento de quienes nos recuerdan.

¿Suicidio o asesinato?

«Suicidio» es una palabra típicamente francesa o in-
glesa. En neerlandés, el equivalente es *Zelfmoord* y en ale-
mán *Selbstmord* o «asesinato de sí mismo». El término
«asesinato» con su significado abyecto y peyorativo, tie-
ne tantas connotaciones que no consigue expresar ade-
cuadamente el fenómeno del suicidio. El asesinato se co-
mete contra la voluntad de la víctima y a menudo es vio-
lento. Un asesinato siempre es un crimen. Por el contra-
rio, el suicidio no se comete contra la voluntad de la «víc-
tima» y además es deseado, o sea que no puede llamar-
se crimen. Sin embargo, durante mucho tiempo, la ley lo
consideró como tal. Inglaterra fue uno de los últimos pa-
íses en retirarlo del ámbito del Derecho Penal y ello en
1961.

Resulta cuanto menos sorprendente, querer castigar a
alguien que ha cometido un suicidio; ya no se le puede
atrapar. La ley penalizaba también las tentativas de suici-
dio o sea, que cabía la posibilidad de añadir una conde-
na penal a la desesperación del suicida.

El suicidio se lleva a cabo desde la desesperanza, no
precisamente con entusiasmo y, evidentemente, sin vio-
lentar la voluntad de la «víctima». El suicidio no es un
asesinato, ni tan siquiera es un asesinato de sí mismo.

La vida

¿De dónde viene la vida? ¿Es el resultado de la intervención divina o de la generación espontánea, tal y como pretendían algunos en el pasado? No hace tanto, la tesis de la «generación espontánea» según la cual la vida habría surgido ella sola de un día para otro, resultaba totalmente defendible. Y es que, en efecto, era evidente que la vida surgía por sí sola de los alimentos podridos; todos los días se veía salir moho y gusanos de la masa en fermentación, y hasta se creía que las ratas podían surgir del polvo, el barro y la suciedad de los graneros, sótanos y desvanes, por lo que todas las formas de vida, incluyendo la humana, debían tener un origen similar.

La tesis de la generación espontánea quedó desmentida hace cien años de manera categórica y elegante por los experimentos de Louis Pasteur. Si la generación espontánea no era posible, ¿cuál fue entonces el origen de la vida? La ausencia de otra alternativa válida favoreció sin duda la hipótesis de la creación divina.

Hoy en día, se dan fundamentalmente dos corrientes interpretativas enfrentadas. La primera es la teoría de la evolución basada en los resultados científicos provenientes de la Cosmología, la Geología, la Biología y la Química. Todas estas ciencias concluyen, cada una a su manera, que la vida tiene su origen en un proceso espontáneo y lógico cuando las condiciones imperantes le son propicias. La evolución es el resultado de mutaciones y procesos selectivos que causan *la supervivencia del más adaptado*, en palabras de Charles Darwin con lo que la vida se hace más y más compleja de manera natural. De este modo, la generación espontánea, antaño condenada por Louis Pasteur, no resulta tan imposible como parecieron probar sus experimentos. Simplemente, han sido necesarios miles de millones de años para llegar por mutación y evolución al estado actual de las especies.

La vida nos ha sido dada por el cosmos, por el tiempo y debemos aceptarla tal cual, pero es algo muy natural y en absoluto tan sagrado como a algunos les gustaría hacernos creer. Desde este punto de vista, la vida es completamente normal y tenemos todo el derecho a disponer de ella, tenemos derecho al suicidio. Esta visión, propiciada por la hipótesis evolucionista, es suficientemente conocida.

El extremo opuesto lo constituye la corriente interpretativa «creacionista»: Dios creó la vida hace 5.000 o 20.000 años. A veces, sus defensores aceptan los argumentos que demuestran que la vida existía mucho antes como las plantas o animales. Sin embargo, para ellos, el hombre es, en cualquier caso, una creación divina bastante reciente. Algunas fuentes fijan el momento de la creación humana o de Adán y Eva en hace menos de 5.000 años y aunque la ciencia ya ha demostrado categóricamente que el hombre habitaba nuestro planeta mucho tiempo atrás, a los creacionistas les resulta imposible aceptar esta evidencia. No quieren ni oír hablar de ella; el hombre es una creación reciente del Señor Dios y por tanto, hay una diferencia fundamental entre él y el resto de las especies vivas.

Los argumentos se basan a menudo en las peculiaridades humanas. El hombre piensa, se plantea preguntas, es curioso, alberga sentimientos y disfruta del espíritu divino y de la inteligencia lo que le sitúa bastante por encima de los animales. Todas las características típicamente humanas: amor, alegría, paciencia, lealtad, son, como mínimo, mucho más que simples reacciones químicas y eléctricas de nuestro cerebro. En estas discusiones se suelen citar menos la rabia, el miedo, la envidia, la cólera o la crueldad. Se alude siempre al sentido del humor del hombre ausente en los animales. Se alega como específicamente humana la capacidad para concebir ideas creativas y para razonar, así como el desarrollo del lenguaje. También se cita a menudo el sentido del bien y del

mal y la conciencia, de nuevo ausentes en animales y plantas.

La especificidad humana es, pues, el argumento principal para defender al Dios creador que ha concebido al hombre a su imagen así como para concluir que la vida humana es sagrada, es decir, que no tenemos derecho al suicidio.

Si Dios ha creado al hombre a su imagen, es lógico pensar que haya poblado todos los planetas del universo y que en ellos vivan miles de millones de hombres parecidos a nosotros. ¡Vaya sorpresa si fuera así! ¿Habría quién lo crea? La respuesta produce estupor: «Claro, mucha gente».

Los creacionistas aducen, asimismo, un argumento más tangible basado en que no se ha podido probar la existencia de todos los estadios de la evolución a través de sus correspondientes fósiles. Los famosos «eslabones perdidos» hacen inverosímil la teoría de la evolución. La vida nos ha sido dada por Dios, y nosotros, criaturas de Dios, no tenemos derecho a rechazarla o a disponer de ella. La vida, Don de Dios, es sagrada.

Evidentemente, las visiones creacionistas también se discuten en otros planos más elevados. El Dios a semejanza humana queda reemplazado por una fuerza desconocida que nos ha creado conscientemente y que también puede denominarse Dios.

Hace poco, incluso científicos no creyentes, defendieron que la vida, tal como la conocemos, no puede ser el resultado de mutaciones espontáneas debidas al azar. Afirmaron que la vida es demasiado compleja y, que por tanto, la probabilidad de que el hombre sea consecuencia de mutaciones espontáneas es comparable a la de obtener un avión B-747 o un edificio de 30 pisos tirando algunos trozos de metal y plástico juntos. Espontáneamente, la entropía o el desorden deben acrecentarse. Por otro lado, la Paleontología demuestra de manera irrefutable

para quien quiera verlo, que durante millones de años, la vida, siguiendo la ley de la entropía, tiende siempre a hacerse más compleja. Así, las especies más evolucionadas y recientes son las más complejas. La química humana es más complicada que la de los tiburones, que no ha cambiado desde hace millones de años. La límula, especie de cangrejo que todavía se da entre nosotros, presenta una forma de vida muy primitiva que existe desde hace unos 150 millones de años y cuya química es de las más arcaicas. Sin embargo, dispone ya del milagro del ADN con todas las posibilidades de síntesis que ello implica. ¿Es posible que la evolución estuviera tan avanzada hace 150 millones de años?

Creo que lo único que prueba esta controversia es nuestra dificultad para hacernos una idea correcta del significado de un millón de años y mucho más si hablamos de miles de millones de años. Ilustra, asimismo, la irracionalidad del hombre y la facilidad con la que cree en las mayores bobadas. Esto es especialmente manifiesto en los jóvenes. Demasiado pronto, la mayoría se hace ideas muy precisas sobre muchas cosas y las defiende enérgicamente. Rara vez piden información a los adultos o se molestan en estudiar los problemas seriamente antes de formarse una opinión. ¡Saben tantas cosas desde pequeñitos! Las ideas más extrañas, a menudo sumamente peligrosas, se instalan en ellos con una facilidad desconcertante. Para constatarlo basta recordar los credos de las sectas y grupos repartidos por todo el mundo. Y sin embargo, el hombre se considera a sí mismo un ser racional. ¿Lo es? Algunos pensadores tienen a veces ideas racionales pero la vida de la mayoría de la gente está gobernada por las emociones y los instintos de quienes gobiernan. Lo ideal es pensar que la educación podría remediarlo, pero creo que, por desgracia, se sobrestima su influencia.

El parecido entre hombres y animales lo prueba la

analogía de sus instintos: el instinto maternal, la construcción de nidos, casas o refugios, el subir a los árboles, el instinto de migración, de exploración, la añoranza del lugar de origen, etc. No es cierto que hombres y animales sean fundamentalmente distintos. Las manifestaciones de vida terrestre se diferencian mucho exteriormente, pero bajo la piel o la corteza, la similitud de la bioquímica y el funcionamiento químico prueba que el origen de cualquier tipo de vida está en los mismos ancestros evolutivos.

Otro argumento se basa en la distinción entre la vida propagada por división celular y la que proviene de la fusión de dos células sexuales. En el primer caso, la célula es inmortal puesto que cada división produce dos nuevas células idénticas. La muerte natural es desconocida. El hombre pertenece al segundo grupo y su forma de vida sí que conoce la muerte. Para el tema que nos ocupa, esta distinción no tiene importancia porque toda célula es mortal en circunstancias desfavorables. A este respecto, la apoptosis (ver anteriormente) es una nueva referencia.

La vida tiene la capacidad de multiplicarse, el poder de la duplicación, al igual que el hombre, los animales o las plantas. También se multiplican: los organismos unicelulares, los microorganismos y los virus. La forma de vida más simple es el virus, una molécula de ADN¹ rodeada de una capa protectora y funcional de proteínas. Quienes niegan el estatuto de vida al virus afirman que «el virus necesita un huésped para multiplicarse. Sin embargo,

1. El ADN o Ácido Desoxirribonucleico es una macromolécula compuesta de millones de nucleótidos. Un nucleótido es en sí mismo complejo y contiene un azúcar, ácido fosfórico y una base heterocíclica. La secuencia de los nucleótidos alberga toda la información genética del individuo y la especie. Todo está fijado en nuestro ADN: lo que somos, hombres y mujeres, con tal color de ojos, con esta forma particular de nariz, estas características generales y específicas. Algunas personas no lo admiten fácilmente. Sin embargo, lo han demostrado irrefutablemente los científicos con mayor credibilidad, los genetistas y lo han corroborado, a su vez, el resto de las ciencias.

nosotros también tenemos necesidad de otras vidas para nutrirnos, sobrevivir y multiplicarnos.

Si todo tipo de vida es sagrado y debe disponer de las condiciones para desarrollarse sin limitaciones, deberíamos respetar cualquier ADN y no consumirlo. Nos estaría vedado cualquier alimento, tanto animal como vegetal y habría que dejar en paz a bacterias y virus como el del SIDA. ¡Vaya conclusiones más absurdas! Recuerdan a las de los Testigos de Jehová que se niegan a combatir las enfermedades con los medios científicos actuales y rehúsan las transfusiones sanguíneas, sin dejar por ello de alimentarse o de destruir la vida, pretendidamente sagrada...

El derecho a la vida

Una persona integrada en una comunidad que le acoge tiene el deber de colaborar con ella. Los humanos tenemos derecho a vivir en sociedad, pero si transgredimos sus reglas y costumbres este derecho se puede poner en duda. Parece lógico y racional, aunque en la práctica no lo sea tanto. En Francia, a finales de 1991, a un condenado por delitos sexuales graves que reincidía en cada puesta en libertad –y así hasta en doce ocasiones– no se le privó nunca de su derecho a vivir en sociedad. Ésta es la realidad, por más que a muchos de nosotros nos resulte inconcebible. El derecho a vivir es sagrado y ante cada ejecución de un condenado a muerte en los países que todavía aplican esta pena, se producen intensas reacciones, sea cual sea el fundamento de la sentencia.

«El derecho a la vida» es un hecho, pero ¿qué decir del «derecho a la muerte»? Una cosa está clara: todos somos mortales al cien por cien. Que el momento fatídico llegue un poco antes o un poco después no cambia mucho las cosas. Decirlo es fácil. Sin embargo, el deseo oculto de muchos ancianos, incluso centenarios, es vivir más años y si alguien les pidiera que pusieran fin a sus

días, se negarían rotundamente. ¡Y con razón! No obstante, también se dan casos muy diferentes y yo he escrito este libro pensando en ellos.

«El derecho a la muerte» cambia con la edad. Cuando alguien muere en plena juventud, la noticia se vive dramáticamente, aunque se trate de un suicidio. Sin embargo, la reacción ante el fallecimiento de un anciano es muy distinta y así lo revelan las diferentes expresiones que ello provoca.

Alguien muere entre los 20 y los 40 años. ¡Es terrible!

¿A los 60? ¡Qué pena!

¿A los 70? Es una lástima, pero en fin, ya no era tan joven.

¿A los 80? Bueno, vivió su vida

¿A los 90? ¡Cuánto ha durado!

¿A los 100? ¡Qué mayor! Sí, sí, todos somos mortales.

Queda claro que el derecho a la muerte varía con la edad. La pena y el desconsuelo que provocan la muerte de un joven son razones suficientes para negarle el derecho a la muerte.

El deber de vivir

A menudo se oye decir: «Como es mi vida, hago con ella lo que quiero». Dicho de otro modo: «Si quiero, tengo derecho a suicidarme». ¡Falso! Formamos parte de una comunidad que ha invertido en cada uno de nosotros y que, en consecuencia, tiene algunos derechos.

Los datos que mejor conozco son los referentes a Bélgica. La educación escolar, por ejemplo, cuesta al Estado un mínimo de 1 a 2 millones de francos por persona.² La

2. Un franco belga equivale a unas 4 pesetas (febrero 1999). (N. del T.)

mayoría de los belgas estudian desde los 3 años hasta los 18-23, o sea, una media de quince a veinte años. El presupuesto del Ministerio de Educación es de unos 200.000 millones de francos para 2 millones de alumnos, es decir, 100.000 francos por alumno y año. Otro pequeño cálculo revelador de cómo el Estado invierte mucho en la juventud, es el de la Universidad de Gante, mi ciudad, que gasta 7.000 millones de francos en 14.000 estudiantes, o sea, 500.000 francos por persona y año.

Sólo analizando la enseñanza, queda claro que tenemos una deuda con el Estado y que, por lo tanto, debemos contribuir a su funcionamiento. Las personas capaces no tienen derecho al suicidio, están obligadas a seguir viviendo para ayudar a las generaciones venideras.

También se suele oír: «Es mi cuerpo y no quiero que después de mi muerte utilicen mis órganos para trasplantes, ni los míos ni los de mis allegados». Teniendo en cuenta nuestros deberes para con la sociedad, éste es un punto de vista inadmisibile. Nuestro cuerpo pertenece tanto a la comunidad como a la familia y ésta sólo debería disponer del cuerpo del difunto tras la decisión de las instancias cualificadas sobre la viabilidad de un trasplante. Es intolerable que haya tantos enfermos en lista de espera, anhelando órganos, simplemente porque faltan donantes. Si todos los cadáveres estuvieran disponibles para posibles trasplantes, se evitaría esta situación. Al parecer, existen razones de tipo religioso, sentimental, pseudo-ético o simplemente egoísta que proscriben la donación de órganos. Es inaceptable.

Quizá mis puntos de vista parezcan duros o exagerados, pero sé que no lo son porque yo mismo viví durante largos meses la espera ansiosa de unos órganos de trasplante y conozco muy bien este lado terrible del problema.

Mamá, ¿nosotros, por qué vivimos?

Esta pregunta tan típica está mal formulada. El término «mamá» introduce una connotación patética, el pronombre «nosotros» da a entender que cualquier otra vida realmente no tiene valor, refiriéndose el «nosotros» evidentemente sólo al hombre y además tampoco tiene mucho sentido la palabra «vivimos». En el fondo, la cuestión es simplemente: «¿Por qué?». ¿Por qué nosotros, la tierra, el sistema solar, el cosmos? Hace unos 20.000 millones de años la luz y la materia surgieron de golpe. Desde entonces, el reloj cósmico gira y todavía girará algunos miles de millones de años más antes de pararse. Puede que en ese momento tengamos la respuesta al «¿por qué?». Pero, ¿seremos entonces capaces de comprenderla? No lo creo.

El semanario *Humo* planteó la pregunta: «Mamá, ¿nosotros, por qué vivimos?» a varios escritores contemporáneos. Las respuestas fueron desde «para vivir», «para morir», «para jugar», «para disfrutar», «para ser feliz» hasta «porque sí». Para mí, de entre todas las respuestas la mejor fue la de Walter van der Broeck: «Para transmitir la vida». En otras palabras, no somos más que un medio para la supervivencia de nuestro material genético, el ADN. He aquí la vida permanente, inmortal, que evoluciona sin cesar en una dirección que no podemos controlar. El hombre no es sino un soporte para el ADN, un subproducto, un accesorio de la vida real: la del ADN que sí es inmortal. Por tanto, es lógico que el hombre sea mortal, cabría incluso considerar como un pecado *contra natura* que siguiera con vida tras haber cumplido la función de transmitirla.

El hombre no tiene razones para ser presuntuoso. Tiene conciencia, etc., pero su existencia, nuestra existencia individual, no es, en absoluto, importante ni sagrada.

El suicidio y las religiones